

4. = 1836

17

REFLEXIONES

SOBRE EL CARÁCTER QUE LAS ESCUADRAS SUBMARINAS

Y LAS FLOTAS AÉREAS

HABRÁN DE IMPRIMIR Á LAS FUTURAS GUERRAS

POR

D. AMÓS SALVADOR Y RODRIGÁÑEZ

SENADOR DEL REINO



MADRID

IMPRENTA DEL «MEMORIAL DE INGENIEROS DEL EJÉRCITO»

—
1913

NO SE PRESTA

T= 72099

C-208 052

R
3194

BIBLIOTECA CENTRAL DE LA RIOJA



10000208052

R 003194

Handwritten scribbles and marks at the top of the page.

Dirección de D. Amós Salvador

REFLEXIONES

SOBRE EL CARÁCTER QUE LAS ESCUADRAS SUBMARINAS

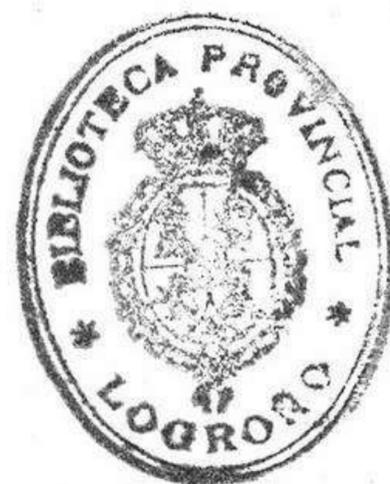
Y LAS FLOTAS AÉREAS

HABRÁN DE IMPRIMIR Á LAS FUTURAS GUERRAS

POR

D. AMÓS SALVADOR Y RODRIGÁÑEZ

SENADOR DEL REINO



A. 87.261

MADRID

IMPRENTA DEL «MEMORIAL DE INGENIEROS DEL EJÉRCITO»

—
1913

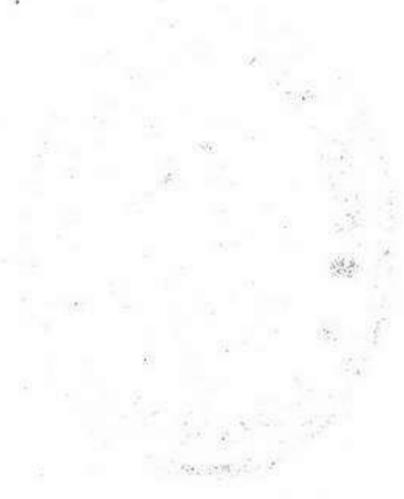
SECRETARÍA DE ECONOMÍA

ESTADOS FINANCIEROS CONSOLIDADOS DEL EJERCICIO 2007

GRUPO EMPRESARIAL

COMUNIDAD AUTÓNOMA DE LA RIOJA

ESTADOS FINANCIEROS CONSOLIDADOS



2007

ESTADOS FINANCIEROS CONSOLIDADOS DEL EJERCICIO 2007



REFLEXIONES

SOBRE EL

CARACTER QUE LAS ESCUADRAS SUBMARINAS Y LAS FLOTAS AEREAS,

HABRÁN DE IMPRIMIR Á LAS FUTURAS GUERRAS. (1)

Más adelante verá quien leyere este libro, cuándo, cómo y por qué escribí el *Concepto de la Estrategia* completado después con otro trabajillo denominado *Estrategia Naval*.

Siempre he mirado con disgusto que esos dos trabajos anduviesen sueltos, como si de cosas distintas se tratara, cuando son una sola y misma cosa, y cuando si se hizo la segunda fué precisamente para demostrar que el concepto de la estrategia es independiente de los elementos marciales que se manejen, y que, manejando Escuadras como manejando Ejércitos, se llega á construir la misma estrategia racional, cuyos princi-

(1) Hice este *Prólogo*, que bien pudiera ser *Epílogo*, como antes le llamaba y que ahora pasará con este otro epígrafe, á petición de mi llorado amigo D. Casto Barbasán, para un libro que quería formar con varios trabajos míos y regalarlo á los suscriptores de su *Revista*. ¡Cuando pensaba enviárselo, recibí la triste noticia de su muerte!

El MEMORIAL DE INGENIEROS ha querido ahora publicarlo y lo agradezco muchísimo.

píos, aforismos y leyes sirven para todos los casos y siempre son fundamentales é inmutables en el arte de la guerra.

Nadie puede dudar de que *el modo de hacer la guerra* ha de variar necesariamente con la naturaleza de los elementos que se pongan en juego y con el perfeccionamiento de ellos, y singularmente el de las armas; porque no es lo mismo manejar escuadrones que barcos, ni buques de vela que acorazados de combate, ni flechas que cañones de fuego rápido, lo que equivale á decir que la estrategia *aplicada* ha de moverse dentro de la realidad que definen dichos elementos marciales, acomodándose á ella y variando, por lo tanto, con los tiempos y las circunstancias. Pero la estrategia racional, que es la síntesis y el *espíritu* de la guerra, tiene una vida propia, intelectual y dominante, así cuando mueve ejércitos, como cuando maneja flotas marinas, aéreas ó submarinas.

Durante muchos siglos no ha habido que pensar más que en las fuerzas que se movían sobre la superficie del globo, sólida ó líquida; y cuando escribí las obras ó folletos ó libros á que me vengo refiriendo, lo submarino y aéreo no pasaba de ser una esperanza fundada en los adelantos científicos que se presumía habían de realizarse, mientras que ahora son ya realidades con las que es forzoso contar en las empresas de guerra.

Y es muy digna de notarse la manera distinta cómo han llegado á resolverse esos dos problemas, que honran á su tiempo y que definirán una civilización nueva, porque influirán, especialmente uno de ellos, en la vida de los pueblos modernos, tanto en los desarrollos propios de la paz como en los conflictos guerreros.

Es claro que para los hombres que siguen con curiosidad y con entusiasmo los descubrimientos científicos y singularmente los científico-militares, no ha sido una sorpresa el haber llegado á disponer de flotas submarinas, porque, lejos de eso, han visto llegar el acontecimiento día por día y paso á paso; pero la masa general ha sido indudablemente sorprendida.

Parecía, en efecto, que sólo nosotros nos ocupábamos con la resolución de ese problema, como correspondía á nuestro carácter impresionable y de poca consistencia, según nos califican, cuando lo del submarino Peral. Fracasó aquel intento, no ciertamente de un modo total, puesto que mucho de lo que allí se hizo ha sido y seguirá siendo utilizable; pero al fin, fué un fracaso; nos llamamos nosotros y parecía que nadie en el extranjero ponía la vista en ese problema como no fuera para censurarnos. Y, sin embargo, en todas partes estudiaban ese problema; y sea porque se guardaba sobre ello secreto, sea porque los ensayos se hacían debajo del agua y no á la vista del público, sea porque se desconfiaba de hallar una solución, sea por lo que quiera, es lo cierto que, exceptuadas aque-

llas personas que ya he descontado, se llegó á resolver el problema como *en silencio*, bien pudiéramos decir que *en el misterio*, y cuando la masa general se enteró del descubrimiento, ya tenían las diversas naciones flotas submarinas y grandes cantidades afectas en sus presupuestos á su conservación y desenvolvimiento. Jamás se ha llegado más silenciosamente ni más pronto, desde los primeros ensayos hasta los últimos perfeccionamientos y sin negar los que todavía puedan venir en la resolución de un problema tan árduo y de importancia tan grande en muy diversos conceptos, y especialmente en el de la guerra futura.

No ha sido lo mismo con el dominio del aire.

Sea porque es de indudable mayor importancia, sea porque entra más por los ojos la influencia que ha de tener, no sólo en la guerra, sino en el comercio y en el movimiento de cuanto es vida moderna; sea por la incredulidad en que se vivía respecto á que pudiera llegarse jamás á la dirección de los globos, y mucho menos á que el hombre pudiera volar con cuerpos más pesados que el aire; sea por la rapidez con que se han sucedido los perfeccionamientos; sea por los peligros, víctimas y aun catástrofes que ha producido; sea, en fin, porque todo se ha hecho á la vista pública y pudiendo enterarse de los adelantos todo el que ha leído periódicos diarios, es lo cierto que en este caso ha sustituido al silencioso misterio la bulliciosa brillantez de los progresos humanos, capaces de influir en la civilización de los pueblos.

De todas suertes, por uno ú otro procedimiento, y como si hubiera querido vengarse la ciencia, de tantos siglos de incredulidad, nos ha dado en pocos años resueltos esos dos grandes problemas, y las escuadras submarinas, como las flotas aéreas, son dos hechos de los que ya no cabe desentenderse, y ya cuentan con ellas todas las naciones y les destinan créditos de importancia en los presupuestos y les hacen tomar parte en las grandes maniobras como fuerzas militares considerables al presente y de mayores esperanzas en lo porvenir.

Unas y otras, pero singularmente las últimas, hacen pensar mucho en el carácter que habrán de imprimir á las futuras empresas guerreras, y no será ocioso indicar algunas de las reflexiones á que su estudio conduce.

Ya no cabe dudar, en efecto, de que ha llegado el hombre á ser dueño del aire. Bastaba mucho menos de lo que se posee para dar científicamente resuelto, no sólo el problema de dirigir los aparatos flotantes en el aire, sino el de navegar en él con mecanismos más pesados; y todavía se ha perfeccionado más la aviación con los aeroplanos que con los dirigibles.

Además, lo conseguido en un cortísimo espacio de tiempo da la me-

dida de lo que es dable esperar en lo sucesivo; y si ya se alcanzan velocidades de más de 160 kilómetros por hora y se llega á miles de metros de altura y se recorren extensiones de cientos ó miles de kilómetros, llevando á bordo más de una persona y algunos pesos, que pueden ser de materiales de proyección rellenos de explosivos, sabiendo calcular los efectos del lanzamiento y el modo de compensarlos, así como el momento en que deban lanzarse para caer donde se desee, natural será el pensar que, andando el tiempo, y no mucho, serán comparables sus desarrollos á los de la marina, hasta llegar á los actuales acorazados de combate y que llegarán á ser poderosas máquinas de guerra, capaces de llevar á bordo gran caudal de material ofensivo y de tripulantes que lo manejen. El estado actual de las cosas permite no considerar todo eso como esperanzas infundadas ó arbitrarias, sino como previsiones racionalmente fundadas en la realidad de esas cosas y en el inexcusable progreso de las ciencias.

En tal caso, y aun sin llegar á tanto, puesto que basta con lo que tenemos para razonar sobre su influencia en los conflictos de guerra futuros, ya se comprende que ésta no habrá de ser mezquina.

Lo sucedido en la marina de guerra, permite imaginar que habrá de suceder algo parecido con las nuevas flotas aéreas.

Se ha visto, en efecto, que en las escuadras ha sido incesante el desarrollo y acrecentamiento del material de guerra, no sólo en lo que atañe á la defensa de los barcos por el espesor y la naturaleza del material empleado en las corazas, así como en la disposición de las bordas y compartimientos estancos, no ya en la magnitud, precisión, rapidez de tiro y alcance de sus colosales piezas de artillería, sino principalmente en la magnitud, en la grandeza portentosa de los acorazados, que no se sabe cuándo maravillan más, si cuando se examinan sus dimensiones ó cuando se considera la suma inmensa de descubrimientos científicos que atesoran y manejan de modo portentoso, ó cuando se piensa en los millones de pesetas que cuestan, que llega ya á punto en que nunca pudo soñarse.

Pero, en cambio, la guerra de mar se hace con un número de combatientes muy inferior al que necesitan los ejércitos terrestres.

Mientras que en una campaña moderna á nadie extrañará ya que se muevan millones de hombres y que se batan en una batalla muchos cientos de miles, en empresas navales no cabe imaginar siquiera que el número de combatientes pueda pasar de algunos miles.

Natural es pensar, por lo tanto, que dentro de las condiciones especiales en que han de desenvolverse las aeroflotas, la tendencia sea la misma, á saber; acrecentar las dimensiones, fortaleza y costo del material

aéreo y disminuir el número de combatientes en este nuevo elemento, lo cual bien merece fijar la atención.

Porque ya se verá más adelante cómo el aforismo de que el que se adueña del mar es dueño del continente, conduce á este otro: el que sea dueño del aire, lo será del mar, y de los continentes», lo que equivale á decir que la guerra futura se hará y se resolverá en el aire ó por la eficacia de las fuerzas que en el aire se manejen. Las fuerzas, pues, que en lo sucesivo hayan de ser decisivas, serán muy inferiores en el número de combatientes á las que actualmente se ponen en juego, lo cual es consolador, porque no se expondrán tantas vidas; pero es igualmente natural el pensar que los riesgos serán mucho mayores para esas fuerzas, que deberán tener condiciones muy especiales de valor personal, de disciplina, de organización, de cultura, de abnegación y de práctica no interrumpida; no podrán reclutarse por el sistema de *la nación en armas*, con el servicio militar obligatorio que dure unos meses, sino reclutando los hombres para un servicio voluntario, sintiendo por él verdadera vocación, y que quieran hacer con él la labor de su vida, en la certeza de estar por ello bien recompensados en consideración y sueldos.

Digo con esto que hay que crear las carreras ó profesiones de esos nuevos navegantes y combatientes; porque se necesitan para esto tropas especiales.

Aunque por el momento sólo tengan empleo como auxiliares de las antiguas fuerzas y en combinación con ellas, lo cual no es ya poco, tanto por lo que desde luego son, como por lo que racionalmente debe pensarse que hayan de ser en lo venidero, España ha debido mirarlas con especial predilección, estimulando su desarrollo y dedicándoles la mayor cantidad posible de recursos en sus presupuestos, según dije en el Senado al discutirse el de 1909. Entonces, si bien atendieron en cierta medida lo que propuse para la creación de las aeroflotas, más debí estimarlo como deferencia personal que como persuasión que llevara al ánimo del Gobierno, puesto que bien claramente se vió que se estimaba como una previsión exagerada ó un apresuramiento injustificado por entonces; no obstante, la experiencia ha demostrado que vivía en la realidad y que en eso como en todo se nos han adelantado todas las naciones que se interesan por el perfeccionamiento de sus contingentes armados.

Más obligadas estaban á pensar en esto seriamente las que, como nosotros, tienen poco y no muy cuidado ejército y carecen por completo de marina, porque no es atinado el gastar mucho en elementos que irán perdiendo de valor y que por mucho tiempo nos mantendrán en gran inferioridad, á pesar de nuestros esfuerzos, cuando, acaso, pudiéramos aspirar á ser poderosos en esa otra esfera de acción militar, á la que po-

dríamos dedicar, no sólo los recursos que siempre reclama su creación, sino los que otras naciones destinan á la conservación indispensable de lo que ya tienen y que nosotros no tendremos que conservar mientras no lo tengamos.

Pero sea de esto lo que quiera, porque ya reconozco que es adelantarse mucho y no niego que puedan ser combatidas estas ideas con muchos visos de triunfo, lo que por el momento me interesa es el combatir los juicios arbitrarios que se forman siempre que entran en juego ó perfeccionamientos de las armas ó manejo de fuerzas cuya organización ó esencia las pone fuera de lo ya conocido y manoseado.

Siempre que eso sucede, todos aquellos que no han digerido bien la inmutabilidad de los aforismos que se desprenden del estudio de la guerra y que no se han posesionado, por lo tanto, del espíritu fundamental y dominante de lo que constituye la dirección, ó mejor dicho, *la conducta* de la misma, estiman que se socaban esos principios y que se modifica la estrategia, no ya en el *modo de funcionar*, que como he dicho es irremediable, sino en lo que tiene de racional que es en ella lo característico é inmutable.

Así, por ejemplo, siempre que se llega al disfrute de algún descubrimiento que intervenga en las cosas de guerra, renace la controversia sobre el valor relativo entre la ofensiva y la defensiva, que necesariamente influye, según ellos, en el concepto estratégico para modificarlo.

¡Y no obstante, todos ellos conducen á consolidar cada día más el valor de los principios establecidos!

No insistiré aquí sobre lo que en otras partes digo, respecto al alcance de la ofensiva, aunque lo resuma diciendo que ningún razonamiento contradice hasta ahora victoriosamente el valor de los que demuestran que la iniciativa, en términos generales, lleva la ventaja de realizar planes propios, detenidamente concebidos y en todos sus extremos detallados, susceptibles, además de modificarse adaptándose á las circunstancias exteriores ó al mejor discurso, en tanto que el adversario tiene que abandonar todos sus planes, si los tiene, para amoldarse á los que se le imponen y necesariamente lo sorprenden, parando los golpes en vez de amenazar con ellos ó asestarlos, todo lo cual es de una importancia extraordinaria, porque sólo el verse obligado á hacer un cambio de frente de combate, cuando los ejércitos modernos ocupan leguas de extensión y las secciones de municionamiento son impedimenta de manejo difícilísimo, puede ser causa irremediable de la pérdida de una batalla y, acaso, de una campaña.

Asimismo, y dejando aparte otras razones de igual índole general, sólo me detendré en una que conduce á lo que principalmente me pro-

pongo decir, y que es ésta: la ofensiva reviste de un aspecto innegable de superioridad al que la emplea y aviva el espíritu marcial de las tropas, que es lo que con más eficacia conduce á la victoria.

La guerra moderna, en efecto, y cuanto más perfeccionada mejor, demuestra cada día más que las condiciones morales de los combatientes, son las armas de mayor potencia que imaginarse cabe, y que tanto mejor se hace cuanto más se espiritualiza. Todo lo que es material fijo y aferrado al terreno es inferior á lo móvil y viviente, y entre esto tiene la mayor importancia lo que con más rapidez y movilidad se desarrolla.

Algunos ejemplos bastarán para dejar arraigada esta idea.

Nadie puede negar el valor que en ciertos momentos pueden llegar á adquirir algunas fortificaciones; y bien insensato será el que en estas materias se arriesgue en afirmaciones que no dejen á salvo las circunstancias especiales que pueden tener en ciertos casos influencia decisiva; pero, en términos generales, se distinguen aquellos fuertes que *necesariamente deban ser atacados* para el desarrollo de las operaciones, de aquellos otros que pueden dejarse á la espalda, persuadidos de que no saldrán de ellos las guarniciones sino para ser derrotadas, y que si no salen no deberán considerarse como obstáculo á la marcha de las fuerzas. Considérase, en suma, como opuesto á los buenos principios el no considerar como el primero de los objetivos al ejército de campaña, que debe reforzarse con todas las fuerzas disponibles, en vez de distraerlas en guarniciones ni de ninguna otra suerte, porque todo cae con el ejército de operaciones y todo con él resurge y redivive. El plan de fortificaciones interiores, dicen hoy los estrategas de mayor nota, no es comparable al plan de comunicaciones de toda índole, porque lo primero disemina las fuerzas y las inmoviliza, mientras que lo segundo proporciona la movilidad, que en el alma de los ejércitos y, por consecuencia, la velocidad, que casi siempre es decisiva.

Asimismo, nadie podrá rechazar en absoluto la fortificación de las costas, que en algún caso y en determinadas circunstancias podrán hacer papel importantísimo; pero, no obstante y en términos generales, han caído en gran desconsideración, estimándose que las costas se defienden mejor con las escuadras, que es tanto como decir que vale más que lo fijo é inmóvil lo que vive y se mueve.

En el mismo campo de batalla, donde puede ser recomendable y eficazísima la táctica poliorcética, sólo es á condición de que no halle bastante holgura la magética, porque si ésta puede maniobrar con desembarazo, amenazando las comunicaciones y continuando en el combate el impulso estratégico, tampoco será dudosa la superioridad de lo que más

y mejor se mueve sobre lo que voluntariamente se inmoviliza y pierde con el movimiento la vida.

Con lo dicho basta, no sólo para persuadirse de que en la guerra moderna lo viviente y móvil supera en eficacia á lo fijo é inmóvil, sino para darse cuenta del valor que hayan de tener en lo venidero las aeroflotas, que son la última expresión de la movilidad. Los ejércitos, en la superficie de nuestro globo, tienen que utilizar caminos especiales, en tanto que las escuadras los tienen infinitos en la superficie de esa esfera; pero las flotas aéreas disponen de infinitos caminos en cada una de las infinitas esferas correspondientes á infinitas alturas y á los infinitos que en infinitas direcciones las atraviesen pasando de unas á otras.

Claro está que condición tan excelente habrá de traer modificaciones en el modo de hacer la guerra, pero no alterará los principios, como ahora veremos.

Las paralelas, los caminos cubiertos, las minas, los trabajos de aproche, las brechas practicables, los asaltos, todo esto, que nunca perderá por completo su valor, ¿cómo no ha de cambiarse en relación con unas fuerzas invasoras para las que todo eso es inútil porque pueden llegar á la plaza por el aire y por el aire combatirla?

¿Cómo no ha de variar, en el caso de tener que oponerse á una invasión, el alcance y eficacia de la ocupación por fuerzas del ejército de los puertos ó divisorias ó de los puntos, en fin, que se denominan estratégicos, confundiendo lo que puede adquirir categoría estratégica, dado un plan de operaciones, con lo verdaderamente estratégico, aferrándose al terreno é inmovilizándose cuando el enemigo puede pasarse por encima y dejarlos á la espalda?

Se dirá, es cierto, que eso de pasar por encima no será cosa tan hacedera y fácil como á primera vista pudiera parecer, porque ya se atiende en estos momentos, y deberá esperarse mucho más en lo futuro, á los modos de combatir desde la tierra á las aeronaves. Con eso hay que contar, en efecto; pero no se pierdan de vista estas tres condiciones:

1.^a Que nunca será cosa fácil el batir de abajo arriba objetos tan móviles y que con la altura pierden de dimensiones á la vista, no siendo en ningún caso posible el borrar las ventajas de la dominación, porque, aun sobre la tierra, las piezas de artillería se baten siempre, pero, si están dominadas, llevan mucho adelantado para ser destruídas y apagados sus fuegos.

2.^a Que no será posible combatir á esos enemigos en días de gran cerrazón, de grandes nieblas ó en noches oscuras.

Y 3.^a Que al decir que se pasan por encima no se dice que lo hagan por la vertical que pase por los puntos ocupados, puesto que pudiendo

disponer de tantos caminos, no burlarán menos la vigilancia, desviándose lo que estimen necesario para no ser atacados ni vistos, aun en días claros.

Nótense ahora las condiciones en que habrán de combatir las aeroflotas, por efecto de su movilidad, cuando lleguen los perfeccionamientos que deben esperarse, puesto que en ello se fundan equivocadamente los que presumen que habrán de sufrir menoscabo en su rigidez los principios militares.

No podrá llegar á más la facilidad de hacer las concentraciones sobre los puntos que se designen, disponiendo siempre de caminos fáciles para realizarlas en todas direcciones, sin que puedan evitarlas, en términos generales jamás, las fuerzas de mar ni de tierra.

En tales condiciones ya se comprende que las flotas aéreas tendrán asegurado, y es de importancia capital, el operar sobre líneas interiores, puesto que el peligro de esa falta estriba en la posibilidad de que el enemigo más ó menos concentrado evite la concentración, interponiéndose y batiendo por separado á las fracciones en marcha, lo cual acabamos de ver que no lograrán las fuerzas marítimas ni terrestres, que serán burladas.

Asimismo la operación más eficaz y más difícil de la guerra, que es la de amenazar las comunicaciones del contrario conservando las propias; eficaz, porque nada compromete tanto la seguridad de los ejércitos como verse aislados de su base; y comprometida, por lo difícil que es el no exponerse á lo mismo que se intenta, podrán, digo, realizarla las aeroflotas con el mayor desembarazo, puesto que podrán tomar por objetivo la destrucción de los convoyes de municionamiento á espaldas de la línea del despliegue estratégico, en los caminos militares y aun en la base misma de operaciones, sin que puedan intentar con ellas cosa parecida las fuerzas apegadas á la superficie del globo.

Y, por todo esto, dicen algunos con singular desconocimiento del asunto, que ya se ve cómo las leyes militares se perturban, puesto que unos elementos las utilizan con mayor holgura que otros, y para que los principios de la guerra tengan carácter de generalidad es preciso que revistan el de igualdad, de suerte que puedan servirse de ellos tanto unos combatientes como otros.

A decir verdad, cuesta mucho trabajo el decidirse á tomar en serio la refutación de argumentos semejantes, porque apenas se concibe que se hagan, á no ser por los completamente ajenos á las cuestiones militares.

Desde luego, se ve que no puede aminorarse el valor de los principios porque uno de los combatientes no pueda oponerse á la realización

de las operaciones proyectadas por el otro, apoyándose en ellos. Aun en el supuesto de combatir fuerzas análogas, marítimas ó terrestres, se dará el caso de que puedan unas realizar las operaciones que acabo de mencionar, con la absoluta seguridad de no verlas perturbadas por las del enemigo, si éste se halla incapacitado por su peor organización, por hallarse diseminado ó mal dirigido, por haber perdido la moral en derrotas anteriores ó por otras causas, en suma, que rebajen el nivel de un ejército en relación con el enemigo, hasta el punto de poder éste, no sólo realizar á mansalva planes fundados en los más sanos principios militares, sino correr riesgos en otro caso censurables y en éste tan justificados que pueden llegar hasta dejar de merecer ese nombre. ¿En qué padecerán por eso los principios?

El mal está principalmente en que se pierde de vista lo que es fundamental en estas materias, á saber: que no se puede combatir sin poder servirse de todos los elementos indispensables, y entre éstos, el de contar con fuerzas análogas á las que el adversario pone en juego.

Conduce á error, sin duda, el considerar que muchas veces combaten unas con otras las armas generales y se piensa en una generalización injustificada y lamentable.

Es cierto que se ven en los campos de batalla las luchas entre infantería y caballería ó artillería, y de caballería y artillería; pero ni cabe la generalización ni siquiera exagerar la bondad de estos choques, en los cuales, por lo menos, hay la homogeneidad de tratarse de fuerzas terrestres. En los accidentes de la batalla unas armas adquieren superioridad sobre otras, como sucede, por ejemplo, con la caballería, que arrolla á una infantería desmoralizada, en desorden ó en derrota, cuando sin esas condiciones no podrá jamás salir victoriosa en el choque con ella; pero no se llega á eso sin que las circunstancias lo aconsejen, antes, por el contrario, se abre el combate por la artillería y se le opone otra artillería, explora la caballería y le sale al encuentro otra caballería; inicia una maniobra la infantería y la combate otra infantería.

Mas, dejando esto en su punto, ¿quién sería el insensato que pretendiera operar con escuadrones contra acorazados ó romper un cuadro con torpederos ó submarinos? ¡No! También las escuadras pueden combatir contra baterías de costa, pero, en términos generales, los ejércitos y las escuadras no pueden batirse entre sí: contra ejércitos, ejércitos y contra escuadras, escuadras.

Por eso ni unos ni otras padrán batirse contra las aeroflotas, ni éstas, en muchos casos, contra tales adversarios. Porque se puede imaginar, en efecto, que una aeronave deje caer sobre un barco un explosivo que lo haga volar ó ir á fondo, ó lleve noticias y recursos á una plaza sitiada ó

la combata, ó que sorprenda con sus ataques imprevistos á otros elementos marciales; pero no pretenderá apresar embarcaciones ó forzar posiciones bien defendidas, con fuerzas de desembarco que siempre serán insignificantes comparadas con las terrestres de cualquier ejército, por pequeño que sea.

En conclusión: para combatir aeroflotas se necesitan aeroflotas.

Poco importa que lleguen á adquirir tales desarrollos que ellas resuelvan en lo venidero los conflictos de guerra ó que se limiten á lo que actualmente son, con lo cual basta para considerarlas como eficaces colaboradoras en los reconocimientos, exploraciones, auxiliares del tiro de las baterías, del levantamiento de croquis de los terrenos y portadoras, en fin, de todo género de noticias. Esto, como aquéllo, hay que combatirlo, y sólo se conseguirá eficazmente con otras fuerzas análogas; quiero decir que, en todo caso, á las aeroflotas hay que oponer aeroflotas (1).

¡Y desde ese momento adquieren todo su valor los principios ó leyes que vengo examinando!

Estamos autorizados para suponer que á las aeroflotas habrá de sucederles lo que á los ejércitos y á las escuadras, á saber: que se atraerán

(1) Aun dentro de las aeroflotas no ha de ser igual el modo de combatir de los dirigibles y de los aeroplanos, que tienen caracteres muy distintos y modos de funcionar muy desemejantes. Para ciertas cosas, en ciertos momentos y mediando ciertas circunstancias, serán muy superiores los primeros á los segundos y recíprocamente en su caso, por lo cual será preciso disponer de las dos clases de aeroflotas, para oponer á cada una la que convenga.

Todas las naciones, además, pero singularmente Alemania, han hecho grandes progresos en otros dos elementos que sirven como de unión á los de arriba con los de abajo. Tal sucede con los hidroplanos y aerohidroplanos. Los primeros se destinan á correr á saltos sobre la superficie del agua, á la manera que corren á saltos sobre esa superficie las piedras planas que tiran con fuerza los chicos, *haciendo sopas*, como ellos dicen.

Esos aparatos han logrado ya velocidades de 150 kilómetros por ahora; pero no pueden utilizarse cuando hay oleaje.

Los segundos son aeroplanos que no aterran sobre terreno firme, sino sobre el agua, de donde también parten; se sustituyen en ellos las ruedas por flotadores que son á la vez hidroplanos, pero no sólo saltan para volver á caer, sino que pueden volar como los aeroplanos y descender sobre las aguas cuando lo quieran. En suma, en vez de partir de los barcos y volver á ellos, como ya se hace, parten de la superficie del agua y vuelven á ella.

En punto á los resultados prácticos, están aún en embrión estos aparatos; pero en atención á lo que científicamente se ha logrado, puede afirmarse que serán elementos marciales, con los que habrá de contarse y que atenderán á fines especiales con singular eficacia.

No hay para qué decir que deberá disponerse de estos elementos, y que, como todo lo que con la guerra del aire se relacione, necesita tropas especiales.

mutuamente, que cada fuerza combatiente considerará como su principal objetivo el destruir al otro contingente en campaña y que querrán combartirse buscando el choque.

Con fuerzas que por sistema se rehuyen, limitándose á incursiones ó algaras, habrá devastación, pero no habrá guerra propiamente dicha, así como no se concibe que las llamadas á ofender se mantengan á la defensiva.

Si una de ellas la adopta, por la imposibilidad de oponerse resueltamente á esas algaras ó invasiones, y se bate en retirada, con el propósito de debilitar al enemigo alargando su línea de operaciones, alejándolo de la base y obligándolo á defenderla con destacamentos múltiples, mientras él se rehace, se nutre con reclutamientos que pudieran andar retrasados, se refuerza con otros contingentes diseminados, se concentra y repone su moral con golpes arriesgados y no decisivos de mayor ó menor importancia, y llevando, sobre todo, en la mente la idea de reaccionar tomando la ofensiva, obrará cuerdamente y en armonía con los más sanos principios marciales, expuestos á maravilla por Van der Goltz en su libro titulado *Conducta de la Guerra*. La mera defensiva podrá hacer más ó menos honrosa la caída, pero es inexcusable ésta; y aun los ataques parciales que recíprocamente pudieran intentar las aeroflotas en el campo contrario, rehuyendo el choque de las masas de campaña entre sí y devastando el teatro de la guerra, sería el vencimiento del más débil, ya porque el más fuerte hará más daño siempre, ya porque no puede dejar de presentarse como victorioso el que desafía y busca el choque sin encontrar enemigo que lo afronte.

La guerra, en suma, no se concibe sin el deseo de luchar por ambas partes y sin que una, por lo menos, la más fuerte, no busque el choque y procure hacerlo inevitable y decisivo por todos los medios que le proporcionen la superioridad.

En este supuesto, y otro no cabe, veamos cómo lucharán en lo futuro las aeroflotas, perfeccionadas ó no, pero con más razón en el primer caso, es decir, cuando constituyan contingentes capaces por sí mismos de ser decisivos en los conflictos guerreros.

Una aeroflota tendrá siempre la facilidad de concentrarse y de operar sobre líneas interiores que antes señalaba, porque eso exclusivamente pende de su gran movilidad; pero el asunto varía desde que se tienen enfrente fuerzas análogas, porque éstas disfrutarán de facilidades parecidas, y si bien no será fácil conocer los puntos de concentración designados, no es cosa imposible, sabiendo como sabemos el papel que juegan en esto las exploraciones, el espionaje, el riesgo personal corrido por patriotismo y la traición, con lo cual, en muchos casos, será hacedero el oponerse al logro de esos fines.

Pero donde más singularmente puede apreciarse lo que digo es cuando se intente operar sobre las comunicaciones sin exponer las propias, por la influencia que tiene el radio de acción, del que diré ahora algunas palabras.

No vaya á pensarse que ese concepto sólo tiene aplicación á la marina, y, aun en ésta, al consumo de carbón, porque es mucho más amplio en la guerra. Es cierto que un barco que ha perdido su capacidad de navegar por haber agotado su repuesto de combustible, ha dejado de ser un elemento militar, por lo cual ha de pensarse mucho en cómo se gasta; pero no deja de llegarse al mismo resultado de perder eficacia militar cuando no se puede combatir ni acaso vivir, por haberse agotado las municiones de boca y guerra ó el sufrimiento ó la resistencia de los combatientes, y todavía pudiera extenderse por condiciones relacionadas con la disciplina y con la moral.

Se ve, pues, la importancia que tiene el no agotar *los radios de acción*, en ninguno de los conceptos que cabe imaginarlos, tanto en la Marina como en el Ejército.

En otro lugar se verá, más adelante, por qué estimo yo que en la guerra moderna las batallas *de encuentro* no serán ya aquellas en que por casualidad y de modo imprevisto se choca, cosa en estos tiempos inconcebible, sino aquellas en que un ejército obliga al otro á combatir en campo no preparado ni previsto, como sucede cuando, amenazado en sus comunicaciones, tiene que buscar la salvación en el combate, cualesquiera que sean las condiciones en que deba provocarlo.

Imaginemos, en este caso, que las fuerzas que se arriesgan en esa empresa, con peligro de ser á su vez cortadas, aun exponiéndose á perder condiciones maniobreras y de velocidad, que tanto interesan en esos casos, se llevan personalmente municiones para más días de los que puede vivir el enemigo en esa situación de malestar estratégico; ese será un radio de acción del que penderá la victoria, que logrará el que tenga mayor resistencia en ese concepto.

Y con mucha más razón habrán de tener radios determinados de acción las aeroflotas, aun en el concepto restringido que de ordinario se aplica á las escuadras, y cuando no se manejen bien y se hallen á punto de agotarse, el número de caminos disponible, no sólo no será ya infinito, sino, reducido, acaso, á la línea recta de unión con la base, ó por lo menos, á un limitado haz de caminos en los alrededores de esa dirección, lo cual hace presentir la posibilidad de verse una aeroflota obligada á combatir con la contraria, aceptando un mal menor y buscando la salvación por ese medio.

Con lo dicho basta, y acaso sobra, para que se vea demostrado cómo,

cualesquiera que sean los elementos marciales que se manejen y que se escojan para el estudio, se llega á construir la misma estrategia racional, cuyos caracteres de generalidad la acomodan á todos los casos, aunque al aplicarse haya de serle forzoso tomarlos en consideración para amoldarse á ellos y variar el estilo como á cada uno corresponda.

Y como con tales fines y para completar el *Concepto de la Estrategia* escribí la *Estrategia Naval*, podría pensarse que debiera completar el estudio haciendo cosa análoga para la guerra submarina ó aérea; pero ya dije al comienzo que no me parecía eso acertado y no he de insistir en el desacierto. Bien está que aquello se hiciera en las circunstancias que lo motivaron y disculpan, pero siempre conduciría á error, aunque el propósito fuera demostrar lo contrario, el ver que se distinguía la estrategia con diversos apellidos, porque fácilmente se pensaría que no era única, sino tantas como esas designaciones indicaran.

He aquí ahora las razones que tenía para haberme propuesto escribir de nuevo el concepto de la estrategia.

En primer término y como en otras partes he dicho, quería hacer un trabajo no tan rápido é improvisado como esos á que aludo, sino detenido y serio, formando un curso completo, en el que se reunieran, además de las llamadas leyes de la estrategia, todos los principios de índole general utilizables en la *Conducta de la guerra*, esclareciendo los asuntos con ejemplos y relación de campañas y hechos de armas más salientes de la historia militar y completándolo con el examen comparado de las categorías estratégicas, así cuando tienen por sí ese carácter (la ofensiva, la velocidad, etc.), como cuando pueden adquirirla interviniendo en las operaciones planeadas (campos, divisorias, puertos, etc.), siendo de notar que todo ese trabajo lo tuve preparado y completo, por la promesa que hice al Centro del Ejército y de la Armada de dar oralmente ese curso; pero como, por causas que no son del momento, no dí ese curso y tampoco lo escribí, porque confiaba en que se tomara taquígraficamente.... ¡se perdió!

Tenía otra razón, todavía más poderosa, y es que el tiempo no pasa en balde, y aunque no haya podido dedicar toda mi atención á estos asuntos ni mucho menos, no los he perdido de vista y sé ahora mucho más, por lo cual hubiera podido añadir algo nuevo y, singularmente, haber explicado el asunto con otro orden, que ahora me parece más apropiado y didáctico.

Mas he aquí, á su vez, las razones que me obligan á renunciar para siempre á esos propósitos.

Mis ocupaciones y mi edad crecen tanto de día en día como disminuye mi salud, y no tengo ya valor ni tiempo ni holgura para rehacer traba-

jos perdidos, ni para proponerme cosa alguna que reclame perseverancia.

Y tampoco me resigno á borrar el primer trabajo, que aun cuando á mí me parezca deficiente y por algún concepto censurable, me proporcionó la inmensa satisfacción de verlo premiado en un concurso militar y haber recibido con ese pretexto atenciones y honores de parte de oficiales y jefes del Ejército, que no acabaré de agradecer mientras viva.

Todos esos extrêmos contradictorios me parece que quedan atendidos, en la medida de lo posible, limitándome á reunir en un solo libro los trabajos apuntados, sin modificación alguna, haciendo que en cada capítulo del *Concepto de la Estrategia* acompañe como *ampliación*, y precedido de la inicial A, para que así se entienda, lo que comprende la *Estrategia Naval*. ¡Así no borro nada y formará todo un solo cuerpo de doctrina, aunque deficiente!

Lo que sí haré es añadir, como apéndice, algunos de los muchos discursos que he pronunciado sobre estas materias, porque realmente son aplicación de las doctrinas de la estrategia á las realidades de nuestra vida política, que podrán contribuir á afianzar esas ideas y aun para ampliarlas, de suerte que si no aparecen como debieran en el cuerpo del libro, en una ú otra forma aparecerán expuestas.

Tal sucede con dos discursos pronunciados en el Centro del Ejército y de la Armada y con otros del Senado, como los de zonas militares, construcción de la escuadra y ferrocarriles secundarios.

Ahora se verá con cuanta razón decía al principio que este largo prólogo podría muy bien ser epílogo, porque indudablemente tiene ambos caracteres. Es de una parte el conjunto de observaciones que estima el autor necesarias para que sirvan de guía á los lectores, exponiéndoles sus propósitos y plan de la obra, por lo cual es prólogo, y es también un resumen y ampliación de los conceptos explicados, por lo que es epílogo.

No se me oculta que la obra así resultará, y con razón, por más de un concepto censurable, pero con sólo que sea discutida, aunque censurada, habré logrado mi objeto, á saber: que se reconozca que la Estrategia puede ser estudiada aisladamente y con mucha extensión, siendo como es el fundamento de la guerra, ó por lo menos, de la conducta de la guerra, y que no es tan evidente, como se dice, eso de que el estratega nace y la estrategia no se enseña ni aprende, por lo cual se sale del paso con dedicarla unas cuantas páginas en los tratados militares.

¡Y si ni para ser censurado merece esto leerse, habré perdido, como tantas otras veces, el tiempo! ¡Y lo sentiría mucho!



R
3194

BIBLIOTECA CENTRAL DE LA RIOJA



10000208052

R 003194